

CAPÍTULO VEINTITRÉS COMENTARIO DE CANTAR DE LOS CANTARES

Siguiendo con el capítulo siete de Cantares, nos encontramos con la descripción de otras partes del cuerpo de la esposa que su amado nos presenta –con una gran delicadeza– plasmada en hermosa composición poética:

Los ojos: *“Tus ojos, como los estanques de Hesbon junto a la puerta de Bat-rabim”.*

La expresión *“puerta de Bat-rabim”* significa “hija de muchos”. Es preciso volver al capítulo cuatro de esta joya literaria para encontrarnos con la presentación que en aquel lugar realiza el esposo de los ojos de su amada: *“Prendiste mi corazón (Fray Luis de León traduce: “herido has”), hermana, esposa mía. Has apresado mi corazón con uno de tus ojos”* Cantares 4:9. Podemos afirmar que fueron especialmente los ojos de la esposa los que encendieron el fuego amoroso y pasional del esposo. Los ojos son una parte de la cara de especial relevancia y son los órganos

primordiales de expresión afectiva, emocional y *noética* de los pensamientos y sentimientos de una persona. En ellos se reflejan los estados de ánimo tales como la alegría, la tristeza y las emociones más sublimes, que se emiten en un lenguaje envuelto en sentimientos que alcanzan las regiones más profundas de la esfera de nuestra intimidad. Los ojos son el espejo en el que se miran nuestros interlocutores para captar los aspectos más escondidos de “nuestro hombre interior”. Los ojos nos hablan de nuestros sentimientos más nobles (bondad, misericordia, paz, mansedumbre, amistad, amor...) y de aquellos otros que expresan las pasiones más deletéreas (rabia, odio, venganza, celos, deseos homicidas...). Los ojos son los órganos de los sentidos que expresan, por antonomasia, ese mundo “interior” que todos llevamos dentro de nuestro ser, en los arcanos más recónditos de nuestra personalidad. Los que se han enamorado alguna vez, conocen y entienden el lenguaje trascendental de los ojos. El amor contiene las claves esenciales para saber interpretar dicho lenguaje.

Hay que tener en cuenta un detalle, más que significativo, cuando es la esposa la que describe a su amado en Cantares 5:12:

“Sus ojos como palomas junto a los arroyos de las aguas, que se lavan con leche y a la perfección colocados”.

Es cierto que desde el punto de vista organoléptico (órganos de los sentidos) los ojos sirven para ver, pero también para que nos vean los otros. Si los ojos tienen imperfecciones o sufren alteraciones patológicas ya no nos permiten ver la realidad del entorno tal y como es. Las alteraciones *escotómicas* (la aparición de determinadas zonas oscuras en nuestro campo visual) impiden la visión clara e integral de nuestro *perimundo* y la posibilidad de integrarlo en nuestra conciencia *yoica*. Los ojos tienen que estar limpios, libres de trastornos, para que podamos

percibir con claridad toda la panorámica que abarca nuestro campo visual. Se dice que “la cara es el espejo del alma”, pero en realidad son los ojos los que nos hablan, de una forma más clara, de la realidad interna de una persona. En definitiva, los ojos hablan de la esfera de nuestra intimidad, de lo que somos por dentro. La proyección de nuestros pensamientos y sentimientos más íntimos, a través de nuestros ojos, trasciende lo anatómico, lo fisiológico, lo psico-emocional consciente y alcanza hasta los estratos más subliminales de nuestra realidad psicosomática más inaccesible. Los ojos hablan de la bondad de nuestro corazón o de la perversión de nuestras entrañas. Podemos engañar con palabras, pero nuestro engaño será descubierto cuando se refleje en el espejo de nuestros ojos. Es difícil que alguien nos engañe cuando le miramos a los ojos abiertamente. Cuando no se puede mantener firme, directa y abierta la mirada, algo se está ocultando: sentimientos de culpa, de vergüenza, de animadversión, o quizá sentimientos amorosos que tenemos reprimidos en los estratos más profundos de nuestro corazón y que sentimos miedo a que se hagan manifiestos. El gran poeta del Romanticismo Gustavo Adolfo Bécquer comparaba el amor con la poesía y descubría la verdadera comunicación de los enamorados, en esta sublime composición:

*¿Qué es poesía, dices, mientras clavas
 en mi pupila tu pupila azul?
 ¿Qué es poesía? ¿Y tú me lo preguntas?
 Poesía eres tú.*

El que no es sincero no mira a los ojos. Muchas personas ocultan su mirada detrás de unas gafas oscuras para que su interlocutor/a no pueda apreciar los sentimientos y la verdad que se refleja en ellos; pero no podemos huir de la realidad que anida en lo más profundo de nuestro ser

y que se manifestará más tarde o más temprano en el espejo de nuestros ojos.

Prosigamos con la descripción de los ojos en este capítulo siete de Cantar de los cantares:

“Tus ojos, como los estanques de Hesbon junto a la puerta de Bat-rabim”.

La puerta de la que aquí se habla estaba en la muralla este de Jerusalén, en frente del Monte de los Olivos y del torrente de Cedrón que atravesaba el estrecho valle de Josafat. La puerta de *Bat-rabim* significaba, como ya dijimos, “hija de muchos”, y al entrar por ella se accedía a una plaza que, en realidad, era la que le daba nombre a la puerta: la plaza de *Bat-rabim*. Mucha gente entraba por esa puerta para llegar a esta plaza que, a la sazón, estaba llena de grandes estanques de agua pura y cristalina. La experiencia del que llegaba a ese lugar y se acercaba a alguno de sus estanques, límpidos y transparentes, era la de ver reflejada en el agua, de los mismos, su propia imagen.

Si la esposa de Cantares es una figura de la Iglesia (según la interpretación alegórica de Orígenes), ésta tendría que tener unos ojos grandes, hermosos, sinceros, limpios y transparentes. Esos ojos, seríamos cada uno de los miembros del Cuerpo orgánico (y no místico) de Cristo. Ahora bien, ¿cómo nos presentamos ante nuestros hermanos /as, y en general, ante los hombres? ¿Lo hacemos con la cara descubierta, mirando de frente, sin ocultar la realidad cristológica que se debería reflejar en nuestros ojos; o por el contrario, cubrimos los espejos del alma con unas gafas oscuras, para que los demás no puedan descubrir nuestra verdadera realidad fraudulenta y sigan considerándonos cristianos cuando en realidad solo somos seres religiosos y pseudocristianos? Alguien muy cono-

cido en la historia del pensamiento humano dijo que la religión es el “*opio del pueblo*”, y desde mi punto de vista, creo que tenía toda la razón. Los sistemas religiosos alienan las conciencias y conducen a los seres humanos a devenir su existencia sin una esperanza que les aboque a una verdadera realización metafísica. Jesús de Nazaret no vino a fundar religión alguna, sino a mostrar a los hombres (*antropos*) la posibilidad de alcanzar una realización inmanente y trascendente. Se posicionó, beligerantemente, ante el sistema que esclaviza a los cuerpos y desestructura las conciencias. Su crítica más incisiva se dirigió a las superestructuras de poder político-religiosas. La religión verdadera es impracticable conforme a las demandas bíblicas, por consiguiente, cualquier sistema religioso es espurio y conduce a los seres humanos a la más lamentable miseria y a la frustración, empujándoles a buscar en el estercolero del pluralismo religioso una limosna, a fin de alcanzar alguna posibilidad de realización metafísica. Solo la “*gracia cara*” de Dietrich Bonhoeffer puede ser un punto de referencia para un cristianismo práctico, eficaz y eficiente. Como comenta al principio de su obra “*El precio de la gracia*”, la gracia barata constituye el gran mal de nuestras iglesias. Si los ojos de la esposa fueran limpios, puros y transparentes, se diría lo mismo de ellos que lo que la esposa asevera de los ojos de su amado en Cantares 5:12

*“Sus ojos como palomas
Junto a los arroyos de las aguas,
Que se lavan con leche, y a la
perfección colocados”.*

Aquí se habla de unas palomas especiales que no eran muy grandes pero que tenían unos ojos muy grandes y preciosos, y que bajaban a bañarse a los ríos. Al bañarse sus ojos parecían cristales limpios y traspa-

rentes, donde las personas al mirarse en ellos veían su propia imagen. En “Cantares” parece que cuando la esposa se acercaba al esposo, al mirar sus ojos se veía en ellos y asimismo, el esposo también se veía en los ojos de su amada. Es inevitable preguntarse: cuando el Señor (esposo) se asoma a mirarnos fijamente a nuestros ojos, ¿qué es lo que ve? En la historia de la Iglesia, existe una experiencia muy a tener en consideración. Cuando Jesús ya no estaba en esta tierra ¿qué ojos tenía la Iglesia? Las gentes de la primera mitad del siglo primero escrutaban la vida de los creyentes, sus hechos y dichos y les *“reconocían que habían estado con Jesús”*. En la epístola a los Romanos se nos insta a que vayamos transformándonos para que las gentes puedan ver a Jesús en nuestra manera de vivir. Y para que esto ocurra los ojos de la Iglesia deben proyectar su imagen. Los ojos de la Iglesia, nuestra manera de pensar, de ser y estar en el mundo, deben de reflejar la Imagen de Cristo esculpida en nuestro propio corazón. En Romanos 8:29 leemos: *“Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conforme a la imagen de su Hijo”*. Y el autor de la primera carta a los Corintios 15:49 afirma: *“Así como hemos traído la Imagen del terrenal, así también traeremos la Imagen del celestial”*. La lectura de este texto parece hablarnos del pasado y del futuro. Hay que tener en cuenta que tanto el pasado como el futuro son vinculantes a los términos que se emplean. No obstante la versión Hispanoamericana del Nuevo Testamento, traduce muy correctamente así:

“Así como hemos llevado la imagen del terreno, llevemos (ahora) la imagen del celestial”.